

**MARÍA CRISTINA TORTTI- MORA GONZÁLEZ  
CANOSA (DIR.)- JUAN BOZZA (COORD.)**

*La nueva izquierda en la historia reciente argentina.*

*Debates conceptuales y análisis de experiencias.*

ROSARIO. PROHISTORIA EDICIONES, 2021. 316 PP. (EN ADELANTE, LNIHR)

**Germán Gil**

La Nueva Izquierda... He ahí un concepto que, en la Argentina, ha tenido un desembarco controversial – por decir lo menos-. Allá por 1984, Claudia Hilb y Daniel Lutzky publicaban un texto inaugural que ya desde el título inscribía en la historia argentina reciente ese nuevo concepto: *La nueva izquierda argentina: 1960-1980 (política y violencia)*. En la tapa, el añadido entre paréntesis pasaba inadvertido, rodeado como estaba por el contundente título y, por debajo, la imagen de una concentración masiva con el cartel de “Montoneros” hegemonizando la imagen: la resurrección de las palabras y las imágenes prohibidas durante el atormentado sexenio de la dictadura militar era el foco de atención de ese paratexto. Sin embargo, no sólo los elementos predominantes, sino también el casi sepultado subtítulo encerraban dos valiosas claves de interpretación acerca de lo que los autores entendían abarcar con su resignificado concepto: en una breve “Introducción”, identificarán con él a “organizaciones”, la totalidad de las cuales optan por proponer y/o desarrollar la lucha armada como vía a la revolución. De manera que “Nueva Izquierda” y “organizaciones armadas” quedaban



mutua y excluyentemente relacionadas. Por fuera de ese universo, en una exterioridad desde la que los autores contemplaban su objeto, se encontraba lo que acertadamente González Canosa y Chama denominan concepción *consensualista* de la política (LNIHR, 39), a saber, la entronización de la democracia burguesa y sus instituciones como la única manera de pensar lo político eludiendo la tentación autoritaria –o aun

totalitaria- que contenían, según el criterio de los autores, las concepciones revolucionarias de la etapa que estudiaban.

A lo largo de toda la publicación, Hilb y Lutzky se centraban obsesivamente en “los hechos armados” como discursos sociales, encerrando en ellos toda la concepción de la Nueva Izquierda. Para ello, realizaban dos operaciones simultáneas: una de *desagregación*: más allá de alguna referencia a la renovación católica, todo lo que no fuera “política armada” quedaba excluido de su horizonte de referencia: se prescindía así de fenómenos trascendentales de la época, como el Nuevo Teatro Argentino, el sindicalismo clasista y liberacionista, las experiencias de la

psicología social en espacios populares llevada a cabo por Alfredo Moffat, las del Grupo Cine Liberación, o un fenómeno artístico de aristas sorprendentemente novedosas como *Tucumán arde* (sólo por nombrar las experiencias no analizadas en el volumen que reseñamos). La segunda operación era inversa, de *agregación*: los discursos de todas las organizaciones de la Nueva Izquierda eran estudiados en conjunto, prescindiendo de sus diversos orígenes, experiencias, prácticas o inserciones social y política. La publicación habría de generar una importante estela de estudios, emparentada con el discurso de “los dos demonios” (algo pomposamente calificada de “teoría”), y pondría su granito de arena para conformar una interpretación de “los ‘60s-70s” que aún hoy empapa buena parte del imaginario social argentino, como puede constatarse a poco que se navegue por redes sociales y blogs no profesionales, pero afines al tema<sup>1</sup>.

Si nos hemos tomado la libertad de extendernos en el comentario de una publicación distinta de la que nos proponemos reseñar es porque precisamente LNIHR (provisorio punto de llegada de la reconstrucción de un concepto iniciada ya hace años por Cristina Tortti con admirable eficacia) constituye un espacio textual de confrontación permanente con aquella visión primigenia; confrontación con la simplificación de un concepto cargado de sentido, pero también con el vaciamiento

de los contenidos de una época plagada de potentes significados y de los cruces que entre ellos se establecen. En términos generales, podríamos decir que los autores de los artículos de LNIHR realizan dos operaciones simétricamente opuestas a las de Hilb y Lutzky: la *agregación* supone aquí (el desafío de) reponer los cruces entre movimientos armados y una buena parte de las manifestaciones no armadas que, empero, muchas veces pretendían expresar “la otra violencia”: la del Estado o, más globalmente, la del sistema capitalista<sup>2</sup>. Y por otro lado, la *desagregación* es visible en los trabajos abocados a las organizaciones armadas: en primer lugar, porque su objeto de estudio siempre se centra en *una* organización y jamás se constituye como un “colectivo agregado de prácticas violentas”; en segundo lugar, por el esfuerzo intelectual que realizan los investigadores para penetrar en la complejidad de sus temas, en proponer hipótesis novedosas y, especialmente, en eludir los clichés simplificadores acuñados en los 80s.

Esa operación de *desagregación* es la que permite a Juan Cisilino reponer los debates sobre la lucha armada que cruzan, en un corto pero intenso período, a un Partido Comunista Revolucionario que, finalmente, optaría por formas de lucha no armadas; su artículo repone ese momento re-inaugural del mundo de la izquierda argentina –o al menos, un sector de él– iniciado ya en 1955,

1 Hilb no sólo no ha matizado sus opiniones con el tiempo, sino que las ha hecho aún más agudas. Cf. STARCENBAUM, MARCELO (2013). “Qué hacemos hoy con los setenta: Una respuesta a Claudia Hilb”, en *Sociohistórica*, nº 31. Disponible en Memoria Académica. [http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art\\_revistas/pr.5747/pr.5747.pdf](http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.5747/pr.5747.pdf)

2 Volviendo a los aparatos icónicos de tapa: en comparación con la incluida en el libro de Hilb-Lutzky, la fotografía elegida para LNIHR es expresiva de la posición de los autores: en lugar de un solo cartel hegemónico, la manifestación muestra una multitud asombrosamente variada de carteles, que incluye no sólo organizaciones armadas, sino sindicatos y agrupaciones estudiantiles. La visibilización que la tapa nos muestra de la Nueva Izquierda es, por ende, la de un movimiento multiforme y heteróclito.

período en el que el estallido de las contradicciones derivadas de la situación argentina se potencian con las que se suceden en el movimiento comunista internacional como consecuencia del proceso de desestalinización.

Por su parte, Santiago Stavale encontrará nuevas brechas que permitan pensar las prácticas del PRT-ERP como parte de la Nueva Izquierda, una inclusión que ha encontrado resistencias: el autor las atribuye a la concepción marxista-leninista de la organización y a una visión del peronismo más bien tradicional, precisamente la visión que gran parte de la Nueva Izquierda está intentando reformular. Pese a ello, Stavale encuentra en la organización liderada por Santucho una formidable máquina de sintetizar experiencias de lucha, que el autor calificará de “guevarismo vietnamita” (LNIHR, 196) y allí, en esa creatividad para reformular discursos y prácticas extraídas en contextos diversos y en el esfuerzo para adaptarlas a las peculiares condiciones de la lucha de clases en la Argentina, el investigador encuentra la originalidad que permite pensar al PRT-ERP por fuera de los moldes de la “vieja izquierda” e incluirlo en el “movimiento de movimientos” surgido en la década del sesenta.

De costado a las prácticas armadas, pero directamente en el seno del debate sobre la revolución, sus vías y su vanguardia, Mariela Stavale nos sumerge en el mundo del activismo peronista (a mi entender, la vertiente más original y más rica del peronismo post 1955), ese mundo “de márgenes difusos” (LNIHR, 226), pero surgido de las entrañas mismas de la Resistencia Peronista. Es esa antigua raigambre peronista de muchos de

sus militantes y el cúmulo de experiencias acumuladas durante esos años iniciales lo que acaso facilitó lo que la autora revela como la “apuesta política” de los activistas: identificar el sindicalismo clasista con la identidad peronista de los trabajadores (LNIHR, 245).

En los tres casos nombrados, los autores arriesgan hipótesis fuertes, que deberían generar un amplio arco de discusiones, pero que, en cualquier caso, se encuentran a una enorme distancia de simplificaciones tales como el “autoritarismo”, el “pensamiento binario” y el “mesianismo” al que Hilb y Lutzky reducían los discursos de los “partidos armados” (así, globalmente considerados).

Tan importante como la operación anterior es la ulterior: la *agregación* que supone reponer la acción armada de grupos y organizaciones en el contexto de la época, lo que plantea el desafío de ensanchar los márgenes del concepto “Nueva Izquierda” hasta abarcar el amplio espectro de desafíos antiautoritarios y contrahegemónicos que signaron la etapa (y también su cierre); desafíos que no sólo tuvieron como antagonista al Estado o al sistema capitalista, sino también –en la estela foucaultiana– a todas las instituciones de disciplinamiento y normativización que, hasta entonces, habían sido aceptadas e incluso asumidas acríticamente por la “vieja izquierda” como vehículos y síntomas de modernización. Así, la visión de Nayla Pis Diez, mediante un análisis de caso (las luchas gremiales y universitarias protagonizadas por las agrupaciones estudiantiles universitarias FURN y FAUDI en La Plata entre 1969 y 1972) deconstruye dos visiones estereotípicas del movimiento estudiantil: la

tradicional, que lo muestra unánimemente anquilosado en la defensa de las conquistas de la Reforma Universitaria de 1918, y la implantada por la dictadura militar –y que algunos autores *consensualistas* aceptarían de buen grado- que supone una universidad politizada (casi diríamos “colonizada”) por las organizaciones armadas, que la habrían utilizado como centros de reclutamiento. Por el contrario, Diez nos “aterriza” en los discursos y las prácticas concretas de esas agrupaciones; nos muestra sus profundas diferencias, aun en relación con reivindicaciones estudiantiles específicas (condiciones de ingreso, reforma de planes de estudio, presupuesto), sus formas de inserción en la lucha social y obrera de esos años y, por supuesto, las derivas políticas de su accionar. El resultado es un panorama notablemente variado del movimiento estudiantil; y eso, a pesar del universo intencionalmente limitado que la autora elige recortar para examinar analíticamente.

El inteligente artículo de Fernanda Volonté abre el panorama de la Nueva Izquierda a la perspectiva regional. Indagar en los orígenes del FRIP supone reconstituir un círculo intelectual en una librería de Santiago del Estero, que deriva en un movimiento político que sintetiza diversas experiencias sindicales en Tucumán con el antiimperialismo aprista y la reivindicación indigenista. Se trata, pues, de un movimiento “en los márgenes” (regionales e ideológicos) cuya

riqueza sólo puede ser percibida por quienes, como Volonté, se sumergen llevando el concepto de Nueva Izquierda como clave interpretativa. Habría que agregar que uno de los principales méritos de este trabajo es la precisión con que la investigadora localiza y se centra en su objeto de estudio: *se trata del FRIP*, y no de la prehistoria del PRT-ERP, de manera que la desagregación opera aquí también temporalmente. Al constituirlo “en sí”, y no “con proyección hacia”<sup>3</sup>, Volonté configura un actor hasta ahora escasamente estudiado, sólo tenido en cuenta como la prehistoria de “la guerrilla marxista”.

Las perspectivas “consensualistas” sobre la Nueva Izquierda se ven completamente rebasadas cuando Fernanda Tocho nos recuerda el papel que diversas organizaciones de la izquierda peronista tuvieron en la gestión gubernamental de la provincia de Buenos Aires presidida por Oscar Bidegain, y en particular el Ministerio de Obras Públicas ¿Hay acaso una imagen más contrastante con la de una “patrulla perdida” de autoritarios y mesiánicos combatientes armados que la de las labores ministeriales en un cargo gubernamental? Posiblemente no. Pero una hábil elección del epígrafe del trabajo nos trae la voz de Ernesto Jauretche: “[...] la militancia política [...] en determinado momento demandó un [sic] práctica armada, pero el objetivo era [...] llegar al poder [...] para realizar lo que pensábamos, lo que soñábamos” (LNIHR, 255). Y la

3 Es esta proyección un fenómeno muy conocido por quienes investigan la historia argentina en la década de 1930; en ese caso, también existe la fuerte tentación de concebir los hechos y los procesos como si ocurrieran “para” el surgimiento del peronismo. De esa manera, esta irrupción pierde su carácter contingente y se transforma en una meta, relegando los hechos de la década infame a simples “vías” o “antecedentes”, quitándoles entidad propia y sin posibilidad de bifurcaciones en los que “la historia podría haber sido otra”. La historiografía sobre el FRIP ha adolecido de limitaciones semejantes, que Volonté supera con suma maestría.

realización de esos objetivos políticos se intenta mediante prácticas novedosas, superadoras de la mecánica burocrática, que Tocho repone a través de un serio trabajo de indagación documental y de entrevistas; así, se materializan ante nosotros políticas de “sacar el Ministerio a la calle” para integrarlo en proyectos concretos de mejoras de las barriadas populares, proyectos elaborados conjuntamente con los propios vecinos; una práctica democratizadora de la gestión pública que revela, como objetivo último, la voluntad de abrir espacios para iniciar formas de construcción de poder popular.

Hasta la propia Agencia Central de Inteligencia (CIA) norteamericana parece haber generado, en ese momento y sobre el terreno, una versión de la Nueva Izquierda más matizada y rica que la que nos ofrecen las visiones *consensualistas*. Un poderoso trabajo de archivo permite a Juan Bozza revistar los informes que la Agencia elaboraba sobre el bullente mundo político al sur del Río Grande. El autor repone, mediante el análisis de esas fuentes –cuyo acceso no siempre resulta sencillo- el cuidado y la meticulosidad con la que la inteligencia norteamericana buscaba dilucidar las repercusiones continentales de la disputa chino-soviética, así como el impacto político y social (que fueron profundos, como sabemos) de la Revolución Cubana. Bozza nos pone ante los ojos la detallada visión que la CIA construye acerca del movimiento revolucionario originado en estos acontecimientos; una visión que trasciende ampliamente, aunque no la suprime, la eventualidad de la lucha armada. Así, por ejemplo, los norteamericanos sopesan los alcances de la movilización cultural generada por las empresas culturales de Casa de las

Américas o la revista *El Caimán Barbudo*, así como las organizaciones de solidaridad y amistad con la isla caribeña (LNIHR, 82). La habilidad con la que la CIA discriminó las ideologías, las prácticas y los discursos con los que las organizaciones (o las escisiones de las organizaciones) recreaban las disputas y las nuevas experiencias de la izquierda internacional no era virtud, sino necesidad: de lo acertado de esas discriminaciones dependía una correcta evaluación del grado de peligrosidad que cada una podía presentar para la “seguridad hemisférica”. A tal efecto, de muy poco habrían servido a la inteligencia norteamericana las simplificadoras síntesis del *consensualismo*.

Las lógicas puramente militares derrotadas tienen una muerte anunciada. Pero que la clausura de la Nueva Izquierda encierra una riqueza que va mucho más allá de lo militar lo demuestra Cristina Tortti al analizar lo que acaso sea sólo una de las vertientes de deconstrucción del “movimiento de movimientos”: la confluencia de militantes e intelectuales en la experiencia de la revista *Controversia*, publicada en México. Se trata de un espacio de debates entre (pero también al interior de) el peronismo y el socialismo, una revisión crítica de sus políticas, sus prácticas, sus modalidades de inserción en la sociedad argentina. Sus indagaciones sobre la “causa de la derrota” nos permiten entender que los propios protagonistas de lo ocurrido conciben esa “derrota” como algo más que un mero fracaso militar: para el peronismo suponía poner en entredicho el supuesto –que desde 1955 se había ido haciendo cada vez más fuerte- que la liberación nacional conduciría hacia el socialismo, y el rol que una eventual “vanguardia” cumpliría en ese

proceso; para el socialismo implicaba revisar la relación con la “democracia”, ahora ya sin adjetivos, sino como un marco al interior del cual se podían desenvolver políticas progresistas y emancipatorias.

He dejado para el final, algo paradójicamente, los artículos teóricos del libro: la “revisión” que nos propone Cristina Tortti (una amplia fundamentación de la necesidad de resignificar el concepto de “Nueva Izquierda” y liberar los poderosos contenidos que encierra) y el artículo de González Canosa y Chama, que es, pero va mucho más allá de, un “estado de la cuestión”: allí el lector encontrará una valiosa vuelta de tuerca sobre las ideas de “politización” y “radicalización”. La pormenorización sobre cada una de estas

categorías permite a los autores revisar los estereotipos construidos alrededor de ambas nociones, así como establecer criterios de periodización, adscripciones ideológicas y aun aspectos metodológicos para la investigación de experiencias concretas en el terreno de cada una de ellas. Como todo el libro, estos textos teóricos buscan remover ideas profundamente arraigadas, pero extraordinariamente simplistas de una época enormemente rica en matices que, “aunque no la veamos”, como el sol, “siempre está”; buena parte de la posibilidad de construir la inteligibilidad de nuestro tiempo presente se juega en nuestra capacidad de remover esos clichés que anclan los 60s en el atormentado muelle de los 80s, decididos a no zarpar jamás hacia otros puertos del pensamiento.